

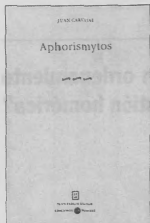
Un ordenamiento de la "Cuestión homérica"

El Calendario homérico elaborado por Victor Bérard (1864-1931) abre su imprescindible libro que constituye uno de los más penetrantes análisis del tema fundamental de la filología helénica, el denominado por antonomasia la "Cuestión homérica", justamente, ya que en esa problemática se encuentran las raíces del humanismo occidental y atañe tanto a la existencia misma de Homero, a su grado de autoría de los libros fundadores de Occidente, la *Ilíada* y la *Odissea*, como a la estructura de ambos poemas y a las vicisitudes editoriales de éstos. El libro se denomina *La resurrección de Homero*,¹ y es un extenso resumen de los más significativos desplazamientos comerciales, bélicos o civilizatorios de la antigua humanidad a través de los siglos y sus talasocracias mediterráneas: fenicia, cretense, aquea, griega, romana, árabe, veneciana, genovesa, turcoberberisca, "franca" y británica, toda la azarosa e inicial historia de Europa y del más viejo de los occidentes en viajes que en más de un sentido seguimos emprendiendo o datando; basta recordar que la más importante novela del siglo xx lleva el nombre de Ulises.

Victor Bérard dedicó cuarenta años de su vida a los estudios odiseicos y publicó el resultado de sus investigaciones en 19 volúmenes. Tres de ellos, *La*

El Consejo Editorial lamenta el fallecimiento del escritor Juan Carvajal González, ocurrido el 13 de mayo de 2001. El maestro Carvajal, que fue reconocido poeta y traductor literario, se desempeñó como técnico académico del Instituto de Investigaciones Bibliográficas en el Departamento de Publicaciones.

¹ *La Resurrection d'Homère*, primera edición francesa. París: 1930. Les Belles Lettres, 1925. *La resurrección de Homero*. Trad. de Alfonso Alamán. México: Editorial Jus, 1945.



Odisea, poesía homérica,² integran la edición crítica y la traducción en francés del siglo xx del antiguo texto, cuya interpretación había sido renovada por los hallazgos de manuscritos griegos en Egipto y de monumentos prehelénicos en Creta y Grecia. Los tres volúmenes de la *Introducción a la Odisea*,³ justifican cada una de las novedades de su edición: elección y ortografía de las palabras, supresión y corrección de algunos versos, repartición de la poesía unitaria en poemas o dramas separados y en episodios dialogados, etcétera. Dedicó dos volúmenes al tema de *Los fenicios y la Odisea*,⁴ dado que éstos desempeñaron un papel central en el Mediterráneo prehelénico. Estos semitas de Tiro, Biblos y Sidón fueron vasallos o aliados, corredores o corresponsales de Egipto y de Caldea, instalaron sus colonias en el contorno de las islas y las tierras egeas, y su vasta influencia se remonta al cuarto milenio antes de nuestra era. Entre otros legados, es a un fenicio a quien debemos y deberemos el alfabeto, Cadmo: "Oídmeme oh Cadmo, el de las proas doradas".⁵ *Las navegaciones de Ulises*, en cuatro volúmenes, trata de la geografía e historia de los países aqueos, la aparición de los héroes en las aguas levantinas y su irrupción e instalación en Grecia, sus reinos y principados de Tesalia, del Peloponeso y de las Islas.

Bérard concatena los acontecimientos del héroe de la *Odisea* con otros, anteriores y similares, pertenecientes a las tradiciones semíticas, caldeas y egipcias y los hace derivar de éstas; señala cómo el bardo mismo nos dice que, antes que él, otros aedas (hoy se prefiere aedos, que gusta menos) habían cantado la gesta de "El hombre de las mil mañas", aunque hasta hoy se ignore todavía el número y la calidad de los antecesores e intermediarios semíticos. No obstante, Bérard aventura que la exploración fenicia del mar del Poniente dio lugar a un periplo, según el modelo egipcio, que se transformó, según el modelo caldeo, en el marco y en la materia de una gesta fenicia de Mekart-

² Victor Bérard, éd. de *L'Odyssée, poésie homérique*. Texte établi. et tr. par Victor Bérard. Les Belles Lettres, 1924.

³ Victor Bérard. *Introduction à L'Odyssée*, ed. rev. et corrig. Paris: Les Belles Lettres.

⁴ *Les Phéniciens et L'Odyssée*. Paris: Armand Colin, 1920.

⁵ Ezra Pound. *Cantos of Ezra Pound*. London: Faber and Faber, 1955.

Herakles, de una "Herakleida", como hubieran dicho los helenos (lo que explica hoy, en los países del Maghreb, la sobrevivencia de la figura de Heracles; en Tánger, uno de los sitios de abundante peregrinaje turístico es la Gruta de Hércules, paleolítica conformación situada frente a la línea que divide el Atlántico y el Mediterráneo). Dice Bérard: "Creo que el poeta Odiseo de los Relatos en casa de Alcínoo (capítulos IX a XII de la *Odisea*, a los que llama también *Antología de abominaciones*) emplea esa epopeya tiro-sidonia del mismo modo que el poeta de la *Eneida* empleó más tarde los poemas homéricos, pero con una ciencia más segura, un talento mucho más viril, en una palabra, con un genio sin igual".

Alfonso Reyes,⁶ durante un tiempo discípulo de Bérard en la Escuela de Altos Estudios de París y a quien profesó una permanente y nostálgica admiración — "Si tales tesis deleitan en la lectura, nada puede igualar al deleite con que las oíamos de viva voz, en una de las cátedras más bellas de que tenemos recuerdo, y que hoy evocamos entre melancolías y esperanzas" —, escribió el prólogo a esta Resurrección en el que sintetiza las complejidades capitales de la ilustre Cuestión siguiendo la cronología y los análisis de su maestro. Estos problemas, resumidos, son cinco:

- 1) El primero es la existencia misma de Homero, al cual se ha negado hasta el punto de concebirlo, en el mejor de estos casos, como un producto colectivo que se organiza por sí mismo en el aire, "a manera de tempestad divina", según la expresión de Saint-Beuve. Otra tradición acepta su existencia concreta y admite su autoría sobre los dos poemas. Esta corriente a su vez se divide entre los que lo muestran como un prisionero mantenido en cautividad — para ellos el nombre de "Homero" significa rehén — con el objeto de deleitar a sus captores, y aquellos que entienden el signifi-

El poeta de la *Eneida* empleó más tarde los poemas homéricos, pero con una ciencia más segura, un talento mucho más viril, en una palabra, con un genio sin igual.

⁶ Alfonso Reyes. *Obras completas*, XIX, *Los poemas homéricos*, *La Ilíada*, trad. de Alfonso Reyes, de la I a la IX rapsodia, "Aquiles agraviado", y un fragmento de la X, "La Dolonía". México: Fondo de Cultura Económica, 1968.

Los materiales homéricos vienen de muy lejos, proceden de una larga elaboración, así como la guerra troyana precedió al poeta en varios siglos.

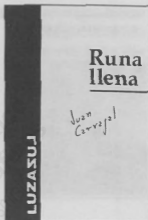
cado de su nombre como "acompañante", pues tal fue, según afirman, el apodo que se dio al poeta, llamado cuando niño Melesígenes, hijo de Criteis. Y aun numerosas leyendas que en diferentes épocas merecieron entera credibilidad, como fueron: que fue hijo de un río, el Meles, en Esmirna, o bien hijo de un genio del coro de las musas, entre muchas otras.

- 2) Luego está la cuestión referida al lugar de nacimiento del poeta, que llegó a ser reclamado por hasta 11 ciudades griegas; en la actualidad sólo nueve se lo disputan. Ya Platón citaba la conocida anécdota de la antigüedad según la cual la sibila délfica, interpretando al oráculo dice a Homero: "Tú no tienes patria, sino matria, y ésta es la isla de los". Este lugar es el que congrega mayor número de asentamientos.
- 3) En tercer lugar, la fecha en que fue compuesta la obra homérica. Las diferentes *scuolas* se dividen entre las que han hecho datar la composición desde los tiempos más remotos, en una antigüedad envuelta en tinieblas, o bien las que la entienden como una obra producto de los más acabados recursos técnicos. En la actualidad prevalece el dicho de Herodoto: "Homero vivió cuatro siglos antes que yo".
- 4) Todo lo cual ha hecho que se considere la madurez artística de la obra como argumento más que suficiente para invalidar la postulación de Homero como el primer intento de construcción de la épica en Grecia. Ninguna epopeya, en ninguna cultura, aparece armada de tal madurez en su origen. La conclusión es que los materiales homéricos vienen de muy lejos, proceden de una larga elaboración, así como la guerra troyana precedió al poeta en varios siglos.
- 5) El famoso "Problema de las interpolaciones". Reyes cita a Gilbert Murray, quien en su obra *The Rise of Greek Epic*,⁷ nos muestra las inevitables al-

⁷ *Obras completas*, xviii, Estudios Helénicos, "El triángulo egeo", "La jornada aquea". México: 1966.

teraciones a que se ve sometida una obra comunicada por tradición, que en cierto modo representa un tesoro público, lo que hoy se llama "patrimonio de la humanidad", donde se van acumulando aluviones sobre un suelo fundamental y donde cada uno añade nuevos rasgos. "En Homero, como en Hesíodo, hay a veces auténticos catálogos que tentaban a completarlos y las musas no distinguían bien entre un manual o guía y un poema. El texto que de aquí resulte quedará naturalmente expuesto siempre a sospechas."

La magnitud de estos problemas, verdadero magma interpretativo, nos permite apreciar la vastedad de síntesis cronológicas y de cultura que implica la elaboración del "Calendario" y su elegante resolución, impecable seguimiento a través del tiempo de las mutaciones editoriales de los libros homéricos realizado por Victor Bérard, su enriquecedora erudición y la nitidez expositiva de su acucioso rastreo, obra excepcional de la bibliografía y de la historia helénica.



Calendario homérico Victor Bérard

Desde hace siglo y medio Homero es presa de todos los artesanos de historia antigua y general, de crítica literaria y filológica, de mitología, de arqueología y aun de sociología; millares de disertaciones y de trabajos científicos han provocado controversias sobre cada episodio, cada verso (puede decirse cada palabra) de la *Iliada* y de la *Odisea*: autenticidad, dimensión y disposición de los episodios, legitimidad y contenido de los versos, ortografía y lectura de las palabras, vocabulario y versificación, conjunto y detalle, fondo y forma; no existe un rincón ni un acceso



a los dos poemas homéricos que no se haya transformado en campo de excavaciones o de batalla para las dos escuelas de homeristas que se han enfrentado en los tiempos modernos. La una creyendo en la existencia de Homero, en la unidad y en la antigüedad venerable de cada uno de sus poemas; la otra negando esos dos dogmas de la antigua fe.

Tal cúmulo de trabajos no nos ha enseñado nada sobre la existencia del poeta y la época en que vivió, según unos; en la que no fue creado, según otros, sino por la fantasía de sus seudodis discípulos y descendientes. Pero hoy podemos redactar, en una especie de anuario, la serie de cambios a través de los cuales pasaron sus obras en los conceptos y en la estimación de más o menos cien generaciones.

Siglos x-ix (1000-800 a. C.) *Periodo homérico*. Herodoto (11-53) escribía hacia el año 450 antes de nuestra era: "Homero vivió tan sólo cuatro siglos antes que yo."

Siglos viii-vi (800-550 a. C.) *Periodo jónico*. Desde Arktino de Mileto, que vivía hacia 744, hasta Eugamón de Cirene, que vivía hacia 560, los cantores (aodos), "discípulos de Homero", que vivían en las islas y sobre las costas del Asia Menor, componen los seis poemas, *Kipria*, *Etiopis*, *Pequeña Ilíada*, *Saqueo de Ilíon*, *Retornos* y *Teleogonía*, que con la *Ilíada* y la *Odisea*, relatan toda la gesta de Troya desde sus más remotos orígenes hasta la muerte de Ulises. Yuxtapuestos a las dos poesías homéricas (nombre que los griegos daban a la *Ilíada* y a la *Odisea*), esos seis poemas forman la cadena continua del ciclo épico. Los homéridas de Chio, descendientes o herederos del poeta, conservan, desarrollan, embellecen y, sin duda, rejuvenecen las poesías, proporcionándole al mundo griego el texto y los recitadores (rapsodas).

Siglos vi-iv (550-300 a. C.) *Periodo ateniense*. Los letrados y los comerciantes atenienses, desde Solón y Pisístrato hasta Aristóteles, publican sus ediciones

y copias de Homero, que alcanzan el primer lugar en la estimación de los helenos. Los libros de Atenas se venden en todo el Mediterráneo. En el concurso de las Panateneas, los rapsodas tienen que recitar los dos poemas desde el principio hasta el fin, siguiendo el texto y el orden establecidos en el ejemplar oficial de la ciudad. La *Ilíada* y la *Odisea* se transforman en los manuales escolares de Atenas y, después, de la Grecia entera, en la enciclopedia de toda sabiduría: la *Biblia* de los griegos.

Siglos III-II a. C. Periodo alejandrino. Los tres grandes críticos de Alejandría, Zenodoto (muerto hacia 260), Aristófanes de Bizancio (hacia 250) y Aristarco (215) publican con más o menos medio siglo de diferencia sus tres ediciones científicas de Homero. Las bibliotecas de Alejandría les proporcionan todos los medios de comparación y de selección entre los manuscritos que circulan en el mundo helénico y que se diferencian notablemente los unos de los otros, no sólo por la corrección, sino por el contenido y, sobre todo, por el número de versos que los unos atribuyen generosamente al poeta y que los otros le niegan.

Los alejandrinos fueron los primeros que recortaron los dos poemas en xxiv partes que llamaron *letras* porque ese recorte arbitrario no era para ellos más que una agrupación de versos, numerada según las xxiv letras de su alfabeto, las que les servían de números. Los latinos dirán *libros*; los modernos dicen *cantos* y, después, esas palabras impropias han contribuido mucho a esparcir en todo el Occidente la idea más falsa sobre la composición primera de los poemas homéricos y sobre la naturaleza misma de la epopeya. Hasta hoy, los editores y traductores de Homero han conservado ese modo artificial y comercial de recortar, que no tuvo otras razones que la comodidad del copista y del lector antiguos.

Esa repartición de versos, entre los diversos rollos de manuscritos, facilitaba la fabricación y la ven-

Los alejandrinos fueron los primeros que recortaron los dos poemas en xxiv partes que llamaron letras porque ese recorte arbitrario no era para ellos más que una agrupación de versos.

Los alejandrinos trataban de enderezar —diortosis—, el texto homérico para reponerlo, según decían, en su estado primitivo.

ta, al deseo del cliente, y permitía referirse a los comentarios que acompañaban las ediciones de los alejandrinos. Por ejemplo, la notación B.293 de la segunda letra de la *Ilíada*.

Nunca se dirá bastante ni se repetirá suficientemente que los contemporáneos de Sócrates y Platón nunca leyeron un Homero compuesto de ese modo. Se debe a la escuela de los alejandrinos que hayamos aprendido a leer a Homero como leeríamos las tragedias de Corneille y de Racine si, editadas una tras otra, no estuvieran separadas en piezas, actos y escenas, sino en tomos, formando dos docenas de volúmenes.

Sería necesario que la siguiente noción dominase de hoy en adelante los estudios homéricos: el alfabeto griego no contó con xxiv letras sino a partir del siglo iv; los antiguos recordaban —y lo vemos sobre las inscripciones— que la vieja escritura de los siglos viii al v no tenía más que 20 o 22 letras; las leyes de Atenas adoptaron la nueva *ortografía* tan sólo en el año 403 antes de nuestra era; en la época de Pericles, por consiguiente, ni la *Ilíada* ni la *Odisea* podían estar disociadas en xxiv cantos. Hay, por consiguiente, que restablecer la división orgánica en episodios, tal y como prevalecía en la Atenas de los siglos v y iv, y que aún se puede reconstruir.

Por otro lado, los alejandrinos trataban de enderezar —diortosis—, el texto homérico para reponerlo, según decían, en su estado primitivo. Las ediciones de cualquier calidad, pero sobre todo las copias *vulgares*, habían sido invadidas por versos *superfluos* y por versos *bastardos*. Los primeros, auténticamente homéricos, habían sido fastidiosa e inútilmente repetidos en lugares inoportunos: tratábase de atraer al cliente anunciándole una edición *más completa*. Los segundos eran versos apócrifos que algunos falsarios habían atribuido al poeta y fraudulentamente introducido en el texto original.

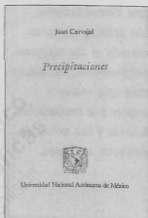
Los alejandrinos expulsaron de sus Homeros esos versos *bastardos* y *superfluos*, cuya tontería y torpeza

escandaliza, y también aquellos cuya intrusión está cien veces probada por irregularidades en el fondo o en la forma. Pero conservan la mayoría de los otros versos agregados, aun aquellos que juzgan más dudosos, más indeseables; se conforman con anotarlos con una de esas marcas de infamia que llaman "signos críticos".

Siglo II a. C.—siglo I d. C. *Periodo pergamense*. Riva-les de los Tolomeos, los Atalos fundan la Biblioteca y la Universidad de Pérgamo, que provee de profesores primarios (gramáticos) y de profesores secundarios (retores) al Asia menor, Roma y a todo el Occidente. La escuela homérica de Pérgamo, de la que Crates fue el gran nombre (llegó a Roma hacia el 156 a. C.), se opone a la de Alejandría; conserva o restablece la mayoría de los versos bastardos y superfluos que las generaciones anteriores introdujeron en el texto y que aún gustan de agregar las generaciones nuevas.

La *vulgata* homérica que los romanos reciben de Pérgamo está, pues, repleta de esos versos intrusos que todavía figuran hoy en nuestras ediciones escolares y que nuestros gramáticos y retores admiran y defienden con los mismos argumentos estéticos o morales que hacían valer los discípulos de Crates.

Siglos II-V d. C. *Periodo romano*. Parece que desde Plutarco hasta Ateneo, a Porfirio y a Choïroboscus, una decadencia continua rebaja y reduce a casi nada los estudios homéricos. Quizá esa decadencia nos pareciera menos profunda si hubiésemos conservado los manuales y las ediciones que usaban entonces las universidades de Atenas, de Antioquía y Alejandría. Pero, en todo el Occidente, el ejemplo y la gloria de Virgilio producen una completa incomprensión de Homero: se considera a los dos autores y a las dos obras algo así como hermanos mayor y menor; los XII cantos de la epopeya latina hacen creer en la antigüedad y en la autenticidad globales de las XXIV letras de los poemas homéricos; la comparación



Los comentadores, sin crítica, sin gran ciencia y sin ninguna originalidad, no hacen más que volver a copiar o a resumir las teorías y las notas de editores antiguos.

de los dos textos, griego y latino, parece acaparar, entonces, el cuidado de la gente de escuela. Después, adoptado por el cristianismo, la epopeya de Virgilio se transforma en el solo "libro" pagano frente a los dos "libros" cristianos, la Biblia y el Evangelio.

Siglos VI-XIV d. C. *Periodo bizantino.* Algunos autores y algunas obras —Focio y Suidas en los siglos IX y X, y sobre todo Tsetzes y Eustato en el XII—, son testimonios del renacimiento de los estudios homéricos en Constantinopla: el poeta recupera su rango soberano en la educación de la juventud. Los poemas vuelven a ser, en las escuelas imperiales, no sólo manual y modelo de escribas y de escritores, sino código de recetas mundanas en el que el candidato a las dignidades de la corte puede aprender las normas de refinamiento y los medios de engrandecerse. Pero los comentadores, sin crítica, sin gran ciencia y sin ninguna originalidad, no hacen más que volver a copiar o a resumir las teorías y las notas de editores antiguos, transmitiendo así las más extrañas afirmaciones.

Siglos XV-XVI d. C. *Periodo italiano.* Desde la mitad del siglo XIV, las relaciones religiosas de Bizancio con el papado de Avignon restablecen intercambios de ideas y de textos entre los dos cristianismos de Oriente y Occidente. Después, las relaciones comerciales llevan a Italia muchos manuscritos y profesores griegos. Desde Petrarca (1360) hasta Poggio, se esparcen el gusto y la moda de los estudios homéricos, cuyo centro es Florencia. El primer Homero impreso allí es de 1488, a costa de los Nerili y de J. Acciajuoli, cuidando la edición Chalcocondyle. Venecia da, después, las tres ediciones de los Aldos (1504-1524), seguidas por las ediciones de Estrasburgo, de Basilea, de Roma y de los Estienne (1525-1566).

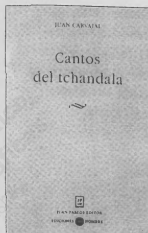
Siglos XVII-XVIII d. C. *Periodo franco-inglés.* En el terreno homérico, como en casi todos los otros, los dos métodos cartesiano y baconiano abren la era de la ciencia moderna.

Desde 1670, en sus *Conjeturas académicas o Disertación sobre la Ilíada*, Francisco Hedelín, abate de Aubignac —"el fundador de la alta crítica homérica", dicen hoy los filólogos de lengua alemana—, trata de demostrar que los dos libros de Homero no son poemas unitarios como la *Eneida*, sino una doble colección de cantos separados (Aubignac dice "cánticos"), destinados cada cual a un recital particular.

En 1713, R. Bentley funda la crítica literal, restableciendo en el texto homérico la vieja letra *digamma*, que los antiguos habían suprimido y después olvidado, pero que los primeros alfabetos griegos tenían en el mismo lugar en el que el alfabeto latino conservó la F, con la misma forma y más o menos el mismo valor.

En 1778-1779, vuélvese a plantear la "Cuestión homérica" a propósito de un descubrimiento muy ruidoso: el francés C. D'Anse de Villoison encuentra en la Biblioteca de Venecia un manuscrito bizantino de la *Ilíada* —el famoso Véneto A.—, que lleva en sus márgenes los signos críticos y las notas de los alejandrinos. Ese "Homero", escribe inmediatamente Villoison, es propiamente el testamento homérico de toda la antigüedad, el *Homeros variorum*, la *Ilíada* provista de todas las variantes que habían podido leer en el texto tradicional los editores de Alejandría y de Pérgamo: Villoison concluyó, y durante todo el siglo XIX esa conclusión prevalecerá, que nuestro texto homérico es una especie de terreno aluvial o sedimentario en el que se han amontonado, acumulado y mezclado distintas capas de todas las fechas y de todos los orígenes.

Esa teoría de Villoison llega precisamente en el momento en que el descubrimiento de Tahití y la publicación de Ossian (1760-1770) acaban de hacer entrar, en el estudio de las literaturas, las ideas de Juan Jacobo Rousseau y de Diderot. Se cree en la preeminencia de las humanidades primitivas y de la virtud popular sobre las civilizaciones corruptoras; se da por sabido que la humanidad atravesó por una



Desde 1890, un renacimiento de la fe unitaria quiere devolverle al poeta sus obras y su gloria.

“edad poética” en la cual ignoraba la escritura pero cantaba a sus héroes, como el pájaro canta a la primavera; los poetas primitivos no son sino “la voz de su pueblo”; las viejas epopeyas, sobre todo, son las obras anónimas del genio popular; no es Homero, es el pueblo jónico el que, a través de sus miles de voces, compuso la *Iliada* y la *Odisea*.

Siglo XIX. *Periodo germánico*. Los *Prolegomena ad Homerum* de Francisco Augusto Wolf esparcen en Alemania esas ideas francesas: la escuela “histórica” o “crítica”, las adopta; la escuela “estética” las combate y, fiel a la tradición grecorromana, continúa saludando en Homero al príncipe de los poetas, al solo cantor de los dos poemas y de todos sus episodios.

Hasta 1890, más o menos, los críticos tienen la preponderancia sobre los estetas. Desde 1890, un renacimiento de la fe unitaria quiere devolverle al poeta sus obras y su gloria.

Siglo XX. *Periodo anglosajón*. Las universidades inglesas y norteamericanas vuelven a honrar los más ortodoxos de los dogmas clásicos y las dóciles universidades de Europa adoptan y exageran la moda allende los mares. En 1890, los “*Homeri Carmina*” de J. van Leewen y de B. Mendes da Costa pasaban por el último producto de la ciencia homérica: la infalible iglesia de los críticos pedía entonces al catecúmeno renunciar a Homero, a su existencia, a su obra, a la fraternidad de los dos poemas y a la unidad de cada uno de ellos... En 1917, la *Odisea* del mismo J. van Leewen, es el código de la estética nueva: Homero existió, escribió, creó la *Iliada* y la *Odisea* siguiendo reglas de arte que se pueden encontrar, con recetas que hay que admirar en la composición y en el estilo; no todo es de él en la invención, pero, sin él, no encontraríamos nada en la redacción presente... ¡Homero ha resucitado!

La duda y aun el ateísmo homérico eran, pues, en 1890, los primeros deberes del homerista; la fe y el amor son hoy, según parece, los solos caminos que

pueden llevarnos hasta él. Dos ciencias auxiliares de la historia —la filología, por el estudio de los textos, y la arqueología, por el de los monumentos— desde hace unos 50 años, han cambiado todos los datos de la "Cuestión homérica". En ningún capítulo, creo, de los conocimientos humanos, nuestros conceptos son hoy más contradictorios con las hipótesis que tuvieron fuerza de ley en las tres o cuatro generaciones precedentes.

Los hallazgos de los arqueólogos han abierto ante nuestros ojos varias decenas de siglos anteriores a las fechas que parecían más lejanas, más fabulosas de la tradición griega, y han reanudado las relaciones íntimas que los antiguos afirmaban haber existido entre la Grecia de los orígenes y la tres veces milenaria serie de las civilizaciones levantinas: la primera Olimpiada (776 a. C.) y la fundación de Roma (753 a. C.) parecían el principio extremo del alba europea; alguna reliquia cretense del Museo de Candía nos lleva hoy al siglo xxx antes de nuestra era.

Mientras los arqueólogos excavaban en Troya, en Micenas, en Tirinto, las mansiones de Príamo, de Agamemnon y de otros "hijos de los aqueos"; mientras encontraban en Knossos, en Pasitos, en Malia, etcétera, *La Creta de Minos y de Pasifae*,⁸ los escombros de las viejas pequeñas ciudades egipcias devolvían a nuestros filólogos los manuscritos en fibras vegetales, los *papiri*, sobre los que los súbditos de los Tolomeos, después de la conquista y la helenización de Egipto, habían hecho leer los versos del poeta a las 10 generaciones anteriores a la era cristiana. Hasta 1860, tan sólo teníamos manuscritos de Bizancio sobre pergamino, el más viejo de los cuales no remontaba más allá del siglo x después de Cristo —por consiguiente, a la época de los primeros Capetos—; algunos de nuestros actuales *papiri* remontan al final del siglo iv de nuestra era y nos dan un Homero anterior, en unos mil doscientos o mil trescientos años, al que Roma o Bizancio nos habían legado.

Algunos de nuestros actuales papiri remontan al final del siglo iv de nuestra era y nos dan un Homero anterior, en unos mil doscientos o mil trescientos, años al que Roma o Bizancio nos habían legado.

⁸ Racine, *Phédre*, acto 4; el verso original dice: "La fille de Minos et de Pasiphae".

